

**Charles Bergquist, Ricardo Peñaranda y Gonzalo Sánchez,
(editores)**

Violence in Colombia: The Contemporary Crisis in Historical Perspective

Scholarly Resources, Inc., Wilmington, Delaware, EU, 1992.

Este texto es la introducción general del libro Violence in Colombia: The Contemporary Crisis in Historical Perspective, editado por Charles Bergquist, Ricardo Peñaranda y Gonzalo Sánchez, recientemente publicado en los Estados Unidos por la editorial Scholarly Resources. El libro, conformado por catorce ensayos escritos por especialistas colombianos y extranjeros, constituye la primera visión global sobre los conflictos políticos y sociales del siglo XX en Colombia, publicado en lengua inglesa.

Cada vez se extiende más, entre el público norteamericano, la idea de que la actual situación de violencia que vive Colombia es simplemente una consecuencia del tráfico de drogas. Esta visión, que reduce notablemente la complejidad de la situación colombiana, es promovida por las agencias estatales y los medios de información, y ha llegado, incluso, a ser aceptada por numerosos especialistas en asuntos latinoamericanos. Ciertamente, numerosas facetas de la realidad colombiana aparentemente confirman este punto de vista. Así por ejemplo, el tráfico de cocaína, en su mayoría destinado al mercado norteamericano, es en buena medida responsable del exorbitante incremento de la tasa de homicidios de la ciudad de Medellín (equivalente en 1988 al doble de la tasa de homicidios de Detroit), hasta el punto de llegar a convertirse en una de las más violentas del mundo. Los nexos entre la violencia y el narcotráfico se pueden apreciar también en la institución del sicariato, utilizada por la mafia no sólo para ajustes de cuentas o para monopolizar el comercio de la droga, sino también para presionar a las autoridades judiciales.

Para mencionar otro ejemplo, basta señalar cómo varios de los grupos guerrilleros que operan en el país se han visto involucrados en el cultivo o

en la comercialización de la cocaína, paralelamente con el desarrollo de diversas actividades violentas que, en los últimos años, han incluido el sabotaje a oleoductos, el secuestro, el asesinato y constantes enfrentamientos con el ejército colombiano. Finalmente, y lo que constituye su desarrollo más siniestro, las organizaciones de narcotraficantes han estado vinculadas al surgimiento de grupos paramilitares, algunos de los cuales tienen nexos innegables con miembros de las Fuerzas Armadas. Estos grupos alrededor de ciento cuarenta según informes oficiales, se crearon inicialmente con el objeto de combatir a los grupos guerrilleros y de proteger algunas zonas rurales y a sus habitantes, pero terminaron por considerarse como sus enemigos principales a dirigentes de la izquierda democrática, sindicalistas, candidatos y militantes de la Unión Patriótica, líderes comunales y activistas estudiantiles. Estas organizaciones criminales son en buena medida las responsables de numerosas masacres y de cientos de asesinatos y desapariciones, así como del exilio de muchos colombianos víctimas de amenazas anónimas.

Los lectores de los trabajos incluidos en este libro podrán encontrar evidencias de estos y otros nexos entre el narcotráfico y la escalada de violencia que ha soportado en los últimos años la sociedad colombiana, pero al mismo tiempo podrán comprender qué tan complejas e intrincadas resultan estas mismas relaciones. Así, por ejemplo, el crecimiento de la tasa de homicidios en algunas ciudades colombianas no puede entenderse simplemente como el resultado de las actividades de los grupos de sicarios vinculados al narcotráfico. En primer lugar, el sicariato, que inicialmente fue utilizado por los jefes del narcotráfico, ha penetrado hoy en día en

numerosas esferas sociales no vinculadas con las drogas, de tal manera que el sicario es hoy empleado para propósitos tan diversos como el asesinato político, ajustes de cuentas por negocios o asuntos personales. En segundo lugar, el consumo de drogas, principalmente de basuco, se ha venido extendiendo entre los sectores marginales de las principales ciudades colombianas, que hasta hace poco no habían sufrido este flagelo, pero que en los últimos años han visto cómo, al lado del crecimiento de los índices de consumo, se desarrollan las secuelas, que nos son tan familiares a los norteamericanos, de resquebrajamiento social e incremento de la criminalidad.

El examen de la situación en Cali, que realiza Alvaro Camacho en su artículo "Las dimensiones urbanas de la violencia", muestra qué tan compleja puede llegar a ser esta relación. Camacho distingue entre el homicidio "público" y el "privado", y encuentra que esta última es la modalidad más común tanto en Cali como en Medellín. Al mismo tiempo compara la tasa de homicidios en estas dos ciudades y comprueba cómo ésta, en el caso de Medellín, duplicó a mediados de los años ochenta la alcanzada en la ciudad de Cali, situación que, de acuerdo con su hipótesis, responde a las peculiares formas de hegemonía desarrolladas por la élite caleña.

Las implicaciones de los nexos existentes entre la guerrilla y el narcotráfico son igualmente complejas. Como lo demuestran los ensayos de Eduardo Pizarro, "La guerrilla revolucionaria en Colombia", y de Alfredo Molano, "Colonización y violencia", el crecimiento de los grupos guerrilleros en los últimos años no puede interpretarse únicamente como resultado del acceso de estos grupos a las ganancias

del narcotráfico, aun cuando, ciertamente, esto les ha facilitado un aumento notable en su armamento y ha permitido a algunos contar con recursos monetarios suficientes para garantizar el reclutamiento de jóvenes desempleados de las ciudades. El prestigio y el apoyo popular con que cuentan algunos grupos guerrilleros en ciertas zonas del país, tal vez pueda explicarse más como un reflejo de la efectividad alcanzada por aquellos en la organización de la vida local, que como apoyo popular a la ideología de dichas organizaciones. Ciertamente el orden social impuesto por las guerrillas en apartadas regiones destinadas a la producción de coca ha hecho posible la organización de nuevas comunidades que, en contraste con otras regiones rurales del país, cuentan de alguna manera con una justicia que les ofrece cierto tipo de protección frente a otras formas de violencia. Por otra parte, la decisión de algunos grupos de establecer relaciones con el narcotráfico ha generado un intenso debate en su interior y, si bien los costos políticos e ideológicos pueden aún no ser claros, para algunos grupos estos vínculos han resultado altamente negativos, en la medida en que se han visto involucrados en una lucha ciega con sus antiguos socios.

Varios de los ensayos en este libro documentan las actividades de los grupos paramilitares de derecha, pero las conclusiones de la Comisión para el Estudio de la Violencia, "Violencia organizada", ofrecen el más comprensivo análisis de este tópico. El origen y las actividades de algunos grupos paramilitares y escuadrones de muerte pueden estar ciertamente conectados con el dinero de la droga y con organizaciones criminales. Sin embargo, la responsabilidad que se autoadjudicaron de preservar los valores cristianos y los derechos de propiedad, así como de librar a la sociedad de miembros indeseables, los han involucrado también en actividades que van más allá de sembrar el terror entre los militantes de izquierda. Sus víctimas incluyen prostitutas, homosexuales e indigentes y, paradójicamente, drogadictos y expendedores de droga también.

El ensayo de Luis Alberto Restrepo, "La crisis del sistema político y sus escenarios", analiza también estos procesos, pero tal vez su contribución más importante es que explora los vínculos, generalmente poco com-

prendidos fuera de Colombia, entre el narcotráfico y el Estado colombiano, que van más allá de involucrar a altos oficiales en el tráfico de drogas en el soborno a los jueces. El narcotráfico representa para la élite colombiana su mayor dilema ideológico y político. De una parte, la presencia del dinero del narcotráfico en la economía colombiana (más evidente en áreas como la construcción y el consumo de lujo que en la industria manufacturera o la agricultura) ha permitido, en buena medida, que el país haya evitado la terrible crisis económica y fiscal que ha afectado a muchas otras naciones latinoamericanas durante la década pasada. De otra parte, la economía legal colombiana permanece fuertemente dependiente de los Estados Unidos, que demanda de Colombia una persecución más vigorosa y el fin del narcotráfico. El tortuoso curso de la política colombiana frente al narcotráfico, la cual ha girado en torno al explosivo tema de la extradición, refleja fielmente este dilema. El narcotráfico garantiza la salud de la economía colombiana en el marco de un capitalismo dependiente, lo cual contribuye a preservar la posición privilegiada y el dominio de clase de la élite. Sin embargo, la presión del gobierno norteamericano a un gobierno que tal vez constituya la última garantía de un orden social que está siendo desafiado por la movilización popular y la violencia revolucionaria, exige que Colombia, pese a los riesgos, adopte una acción vigorosa en contra del narcotráfico.

Esta y otras hipótesis desarrolladas en detalle en los ensayos dedicados a la crisis actual —Parte III— permiten apreciar la forma como el narcotráfico contribuye a la violencia de la sociedad colombiana contemporánea. Sin embargo, y pese a esta poderosa influencia y sus diversos y paradójicos efectos, el narcotráfico en sí mismo no explica las dimensiones de esta violencia. Contrario a lo que aun los más informados ciudadanos norteamericanos y agentes políticos puedan creer, las raíces de la violencia contemporánea se hunden en el pasado. Entre 1946 y 1966, mucho antes de que el narcotráfico constituyera un factor importante, Colombia experimentó un período de violencia mucho más dramático que el que vive actualmente. Conocida como la Violencia, la conmoción civil de esos años presenta horripilantes analogías con la situación que se ha esbozado en los párra-

fos precedentes. La tasa de homicidios, que creció durante este período más en las zonas rurales que en las urbanas, alcanzó niveles extraordinarios, particularmente a mediados de los años cincuenta. Grupos revolucionarios, que actuaron durante este período inicialmente bajo las banderas del Partido Liberal, no de la izquierda marxista, ocuparon extensas áreas del país en el corazón de la zona cafetera, en contraste con las áreas periféricas controladas por la guerrilla hoy. Grupos paramilitares vinculados con el gobierno y el Partido Conservador hicieron lo posible por acabar con los revolucionarios y limpiar el país de comunistas y enemigos de la religión católica. En este proceso unos doscientos mil colombianos, en su mayoría campesinos, perdieron sus vidas, muchos de ellos víctimas inocentes de un enfrentamiento partidista fuera de control.

El período de la Violencia, objeto de la Parte II, prefigura de este modo el curso que tomaría la situación. No obstante, los ensayos de Gonzalo Sánchez, "La Violencia: una síntesis interpretativa", Carlos Miguel Ortiz "La Violencia y los negocios", y de Medófilo Medina, "Violencia y desarrollo económico", revelan cómo la relación entre estos dos fenómenos —la Violencia clásica de mediados de siglo y la violencia de los años ochenta— es de hecho más compleja de lo que las simples analogías suponen. Esta complejidad es captada mejor por el énfasis en las continuidades que conectan los distintos períodos históricos a lo largo de la historia colombiana entre los siglos XIX y XX. Estas continuidades, introducidas en la Parte I, son principalmente de dos tipos. En primer lugar, están los conflictos sociales que se encuentran implícitos en el desarrollo de la lucha por la tierra. En segundo lugar está la influencia del peculiar y destructivo sistema político colombiano.

El esfuerzo por interpretar los efectos de estos dos factores —el socioeconómico y el político—, y por rastrear su intrincada interacción a lo largo del tiempo, ha representado para los estudiosos del fenómeno un formidable desafío teórico e interpretativo. En la superficie de la revuelta tradicional campesina entre los partidos Liberal y Conservador, la Violencia puede parecer más cercana a las guerras civiles del siglo XIX (donde los dos partidos se formaron), que a la revolución so-

cial que algunos de los tempranos analistas de izquierda han tratado de hallar en ella. A pesar de esto, casi todos los ensayos incluidos en este libro revelan cómo la lucha por la tierra y el conflicto de clase, puntos en disputa que aflorarán aún más durante las últimas tres décadas, subyacen en el fondo mismo de la Violencia. No obstante, como casi todos los ensayos también lo sugieren, la lucha de clases en la Violencia (antes o después de ella) ha sido continuamente oscurecida, distorsionada y canalizada por el sistema político que, no obstante su incapacidad para contener el conflicto civil, resultó supremamente funcional para proteger a la élite de las consecuencias sociales del conflicto político.

Los orígenes históricos inmediatos de la lucha por la tierra —el primero de los elementos de continuidad señalados anteriormente— se remontan a la masiva ocupación de los terrenos públicos que se desarrolló a finales del siglo pasado y comienzos del presente. Como Catherine LeGrand lo señala en su artículo, "Antecedentes agrarios de la Violencia", la política colombiana sobre tierras, presumiblemente diseñada para estimular el crecimiento y la producción de pequeños y medianos propietarios, condujo a la consolidación de grandes haciendas y a la proletarianización de los pequeños propietarios. En mi artículo, "El movimiento obrero (1930-1946) y los orígenes de la Violencia", sostengo que ese proceso fue invertido entre 1920 y 1940 en el vital sector cafetero y que las implicaciones sociales, ideológicas y políticas de este hecho fueron decisivas en el desencadenamiento de la Violencia a partir de 1946.

La lucha por la tierra, particularmente en la zona cafetera, constituye uno de los rasgos centrales de la Violencia, tal como lo señalan claramente Gonzalo Sánchez y Carlos Ortiz. Sánchez, sin embargo, está más interesado en las expresiones urbanas de la lucha de clases, particularmente en el significado político de Gaitán y en las consecuencias de su asesinato, luego del cual se activó la resistencia liberal en numerosas localidades del territorio colombiano. Ortiz, por su parte, revisa tempranas nociones promovidas sobre todo por estudiosos de izquierda, que presentan la Violencia casi exclusivamente como una ofensiva de los grandes propietarios en contra del campesinado, proceso que, aunque ocurrió en algunas áreas, no puede generalizarse

pues el reordenamiento en la tenencia de la tierra que se dio en las zonas cafeteras parece haber favorecido principalmente a grupos emergentes, en especial a los pequeños comerciantes. Finalmente, desde los años cuarenta la relación entre colonización y violencia, particularmente en las áreas de frontera ubicadas fuera de la zona cafetera, ha demostrado seguir siendo explosiva. Como Pizarro y Molano lo demuestran, es precisamente en estas áreas en donde, desde comienzos de los años sesenta, los grupos guerrilleros revolucionarios han logrado establecer sus principales bases de operación.

En torno a la relación entre violencia y sistema político, David Bushnell en su ensayo "Política y violencia en el siglo XIX", examina los orígenes de los partidos Liberal y Conservador y la génesis del sistema político bipartidista colombiano, el cual, en contraste con la experiencia de casi todo el resto de América Latina, ha permitido a los partidos tradicionales conservar el monopolio de la política a lo largo del presente siglo. Bushnell sostiene que el punto de ruptura entre los partidos —y la principal causa de conflicto entre ellos— fue su enfrentamiento en torno al poder y los privilegios que debían otorgarse a la Iglesia Católica, argumento éste que muchos historiadores hemos seguido aplicando para comienzos y mediados del siglo pasado, aunque sostenemos que para finales de siglo las diferencias económicas entre y en el interior de la élite y los partidos se constituyeron en el punto de discusión más importante.

Cierto o no, a lo largo del siglo XX los dos partidos tradicionales han dominado la escena política y sus principales alternaciones del poder han estado marcadas por violentos enfrentamientos, especialmente en las áreas rurales. Estas cruciales alternaciones —en 1930, cuando el liberalismo accedió al poder luego de medio siglo de control conservador, y en 1946, cuando los liberales pierden el poder frente a los conservadores— pueden comprenderse mejor, en mi opinión, en términos del conflicto de clase y de los cambios imperativos del orden capitalista mundial. Para 1958 las élites de los dos partidos, acosadas por la pesadilla de la Violencia, y alarmadas por la emergencia de una tercera fuerza, el gobierno populista militar de Gustavo Rojas Pinilla, encontra-

ron una salida a la crisis en el Frente Nacional, un pacto en el cual se acordó el reparto político equitativo.

Como Daniel Pecaut en su artículo "Guerrillas y violencia" y Luis Alberto Restrepo lo demuestran, aunque legalmente el Frente Nacional terminó en 1974, constituyó aún la estructura de la vida política de la nación. Pecaut señala cómo el carácter limitado de la democracia durante el Frente Nacional contribuyó, de hecho, a generar la violencia política, particularmente al animar el ascenso y la consolidación de los grupos guerrilleros a partir de los años sesenta. Restrepo, quien examina el mismo período y llega a similares conclusiones, considera que el escenario futuro más probable, salvo una extraordinaria movilización democrática capaz de superar los límites de la política tradicional, es probablemente el ascenso de la violencia.

Estas continuidades políticas y socioeconómicas que permiten ligar el análisis de la violencia tanto en el pasado como en el presente, respaldan el texto de Ricardo Penaranda, "Los estudios sobre la Violencia", para quien el tema se ha convertido en el problema central de la historiografía colombiana contemporánea. Su examen de la nueva y extensa bibliografía de la Violencia, con el cual concluye este libro, muestra cómo el crecimiento de estos estudios, la riqueza empírica y la sofisticación analítica que han alcanzado, han estado acompañados por el renovado interés de ampliar la periodización clásica de los estudios de la Violencia, con el fin de cubrir aspectos cruciales de la historia de los dos últimos siglos.

Los ensayos aquí reunidos constituyen una representativa muestra de los más recientes trabajos. Agrupados en tres partes —antecedentes, la Violencia, y la crisis contemporánea—, permiten seguir el desarrollo de las investigaciones recientes, y al mismo tiempo, refuerzan nuestra convicción de que la comprensión y la búsqueda de posibles soluciones a la terrible crisis que encara Colombia pasa necesariamente por el reconocimiento de sus raíces históricas.

Resulta atractivo pensar que la actual situación de violencia pueda resolverse con la eliminación del narcotráfico, posibilidad que aunque remota puede llegar a darse. Pero por el contrario,

los autores de estos ensayos sostienen que es muy difícil llegar a una solución, a no ser que se apunte al corazón del problema. Sólo una fundamental democratización de la sociedad colombiana, basada en la comprensión de los conflictos pasados y orientada hacia fundamentales reformas sociales y políticas, podrá crear las condiciones para una paz futura.

Al presentar estos ensayos al público norteamericano, reconocemos el hecho

de que tales reformas dependen no solamente de la capacidad de acción política y democrática de la opinión colombiana, sino también, en alguna medida, de la actitud de su contraparte en el exterior, particularmente en los Estados Unidos. Esperamos que los ciudadanos norteamericanos y sus agentes políticos encuentren en este libro no sólo una descripción detallada y analítica de la aguda crisis por la que atraviesa la sociedad colombiana y de las violentas consecuencias del narco-

tráfico. Esperamos que ellos lleguen a apreciar la profunda y compleja lucha democrática de la mayoría de los colombianos por alcanzar un orden social más libre y más justo.

Charles Bergquist, historiador norteamericano, coordinador del Programa de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Washington.
